

Sara Cano

# DESOBEDIENTE DE REPENTE



edebé

# Desobediente de repente

SARA CANO

Ilustraciones de Eugenia Ábalos

**edebé**

© Tormenta, 2020

tormentalibros.com - rights@tormentalibros.com

© Del texto: Sara Cano, 2020

© De las ilustraciones: Eugenia Ábalos, 2020

© Edición: Edebé, 2020

Paseo de San Juan Bosco 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Dirección de Publicaciones:* Reina Duarte

1.<sup>a</sup> edición, mayo 2020

ISBN: 978-84-683-4746-2

Depósito legal: B. 1058-2020

Impreso en España

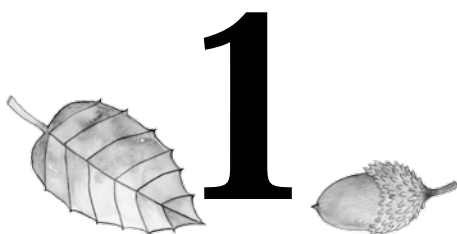
Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para todos los que creen  
que la unión hace la fuerza.*





**S**i querían los tomatitos *cherry*, tendrían que pasar por encima de mi cadáver. No les tocarían una sola hoja, ni a ellos ni a las espinacas *baby* a las que todos los días cantábamos para que crecieran más fuertes; ni a las zanahorias que con tanto mimo habíamos plantado en tierra regada con agua mineral natural; ni tampoco a los matojos de col rizada que rociábamos con laca vegetal para que conservaran el peinado. Aquellas hortalizas eran mis bebés, y estaba dispuesta a proteger su hogar con mi vida.

Al menos hasta que el primer proyectil me dio de lleno.

¡Plof!

—¡Marta, cuerpo a tierra! —exclamó Ágata, tirándose de cabeza a una trinchera improvisada entre dos surcos de espigas de quinua.

Por un momento pensé que iba a romperse la crisma contra el suelo, pero mi amiga tenía la cabe-

za bien protegida por un casco de su invención. No solo era una cucada (estaba recubierto de lentejuelas que se levantaban y cambiaban de color si las acariciabas con el dedo), sino que, además, adaptaba su forma según la situación: igual te protegía del sol con una visera extensible que se convertía en una escafandra con mosquitera para extraer la miel de una colmena de abejas o desplegaba un airbag capaz de amortiguar cualquier impacto.

Como el del segundo proyectil que me acababa de zampar yo.

—¡Ay! —me quejé, frotándome la frente. Cuando retiré la mano, vi que estaba manchada de algo de textura terregosa y olor... repugnante—. ¡Puaj, puaj, puaj! —me quejé, intentando reprimir una arcada—. ¡Dime que no es lo que pienso que es!

Ágata puso cara de horror y yo agité la mano lo más lejos posible, como si a fuerza de sacudirla pudiera desprendérmela del cuerpo. Ni siquiera me atrevía a mirar. Una brisilla alrededor de mis dedos me indicó que Javi había acercado las napias para husmear aquel potingue.

—Detecto un fuerte aroma a huevos y col podrida, notas frescas de pasto verde y un levísimo regusto a paja —decretó mi amigo como si eso fuera una cata de chocolates—. Efectivamente, nos están bombardeando con caca...

—¡... de vaca! —retumbó una voz al otro lado de las espigas.

Una nueva ráfaga de boñigas surcó el aire y cayó sobre nosotros y nuestras verduritas, acompañada de una risa malvada y un guarrido traidor.

Para quien no sepa lo que es un guarrido, es el gruñido que hacen los cerdos. El mismito sonido aspirado y jadeante que hace Héctor Rufián Jr. cuando se ríe con ese pegote de carne que tiene por nariz. Para quien no sepa quién es Héctor Rufián Jr., es el último de una larga dinastía de corruptos y maleantes que históricamente han gobernado nuestro país, Betulia. Al menos hasta que en las últimas elecciones Marta Chacras hija, una chica de trece años, le arrebató (sin querer) el poder a su padre. Y para quien no sepa quién es Marta Chacras hija...

Bueno, encantado de conocerte: Marta Chacras hija soy yo.

Lo que pasó durante mi gobierno fue un lío tremendo. Resulta que el suelo de Betulia se sostiene gracias a las raíces de un bosque de abedules milenarios, y que Rufián padre intentó cargárselo para construir un campo de golf en su lugar. Mientras tanto, yo hice algunas cosas buenas como presidenta, pero otras... Sí, se me subió el poder a la cabeza, para qué nos vamos a engañar. Menos mal que para bajarme los humos estaba Marta Chacras madre



(mi madre). Que, además de ser la mejor madre del mundo, abraza-árboles profesional y profesora de Plástica del instituto, salvó los abedules y evitó que el país se hundiera (literalmente).

Ah, sí. Y ahora también es la nueva presidenta de Betulia.

Eso no os lo esperabais, ¿eh? Pues sí, fue abandonando yo la presidencia y en Betulia se volvieron a celebrar elecciones. Y parece que en Betulia hay cierta afición por las dinastías familiares, porque ahora era mi madre la que gobernaba el país.

Así que en el momento en que Javi, Ágata, nuestro huerto escolar y yo recibíamos una lluvia de albóndigas de caca, yo ya no era presidenta del gobierno, pero todavía seguía mandando un poquito. Era delegada de clase y delegada de curso (elegida democráticamente, a ver qué os pensáis), y una de las propuestas que más había gustado a los alumnos había sido la de montar un huerto ecológico en el patio para abastecer de verduras a la cafetería del instituto.

Algunos dicen que los alumnos votaron a favor del huerto con la esperanza de que allí no creciese nada y así no tener que volver a comer verduras en su vida, pero son solo habladurías. Las plantitas crecían a buen ritmo.

Quizá ese fuese el motivo por el que Héctor Rufián Jr., príncipe destronado, enemigo acérrimo y

conspirador porcino, estuviese emperrado en desmontarlo.

—¿Se puede saber qué narices te han hecho las hortalizas, Rufián? —pregunté, asomando la cabeza entre los cogollos de lechuga.

—¡Fuego a discreción! —ordenó él tan pronto intuyó movimiento.

Se encontraba en lo alto de una montañita de arena, a una distancia prudencial del huerto, desde donde lideraba a un pequeño ejército de mercenarios. Tenían un aspecto muy amenazador, protegidos con sus chubasqueros negros y sus gafas de bucear. Su líder, en cambio, iba hecho un cuadro: uniforme recién planchado, chubasquero transparente, máscara antigás, gafas de laboratorio, guantes de pescadero, botas de lluvia y un gorrito de ducha para que la caca no le manchara ni un pelo. Cobarde pero elegante. Totalmente su estilo. Javi, Ágata y yo esquivamos la nueva remesa de misiles boñiga. Rufián nos dedicó una de sus risas aspiradas y dijo:

—A mí el huerto no me ha hecho nada, porque yo la verdura no la toco ni con un palo de lejos. Pero me temo que los demás alumnos no han sido tan afortunados, ¿verdad?

Otro gesto de Rufián y, hala, otra ola de caca. A ese ritmo, los arqueólogos del futuro iban a encon-

trar un montón de esqueletos cubiertos hasta arriba de boñigas.

Y es que Ágata, Javi y yo no éramos los únicos que trabajaban en el huerto durante los recreos: Pili Ronchas venía todos los días a masajear a los rabanitos para que crecieran sanos y fuertes (y eso que tenía que protegerse con guantes y mascarilla porque era alérgica a casi cualquier sustancia conocida); Jesús Pensos tenía una media de cero en el expediente, pero había demostrado una habilidad increíble para abanicar a los calabacines; Penélope Chuga, vegana convencida a pesar de ser hija de la dueña de la mayor granja de aves de Betulia, dedicaba sus descansos a contarles historias de aventuras a las patatas para que salieran bravas. Todos habían apoyado el huerto de principio a fin, y ahora estaban luchando y recibiendo impactos de caca para defenderlo.

No podía decepcionarlos.

—¿Vas a decirme qué pasa o voy a tener que ir a buscar al director Batuta? —le grité a Rufián Jr.

Palabras mágicas. En cuanto oyó el nombre del director del instituto, mandó detener el bombardeo con un gesto. Sus mercenarios se cruzaron de brazos y apagaron los lanzapelotas de tenis, que hasta entonces recargaban sin descanso con el contenido de un saco con forma de cagarruta sonriente.

—¡Será posible! —exclamó Javi, horrorizado—. ¡Que esos sacos de Vacaca son nuestros! ¡Ladrones! ¡Nos estáis bombardeando con nuestro propio abono!

Rufián Jr. avanzó con actitud desafiante. Yo aparté las espigas bajo las que nos camuflábamos y me puse de pie. Tenía la frente llena de caca de vaca, el uniforme rebozado de palitos y hojas secas, las deportivas cubiertas de barro y las uñas llenas de tierra. Cuando me planté, con los brazos en jarras, frente a Rufián Jr., la nube de polvo que desprendía era tan grande que la pobre Pili Ronchas no pudo evitar estornudar con máscara y todo.



Pero si ese retaco pensaba que iba a acobardarme, iba listo.

Más me valía que aquello saliera bien, porque todos los alumnos del instituto estaban pendientes de la jugada, grabando hasta el último segundo de la batalla con sus cámaras y retinas.

Rufián Jr. se quitó los guantes de goma con mucha ceremonia, pellizcándose los dedos uno a uno para luego dejar que sus secuaces tiraran de ellos. Introdujo una mano en el forro del chubasquero y sacó una especie de pergamino enrollado. Se quitó la mascarilla, las gafas y el gorro de ducha, se echó gomina en el pelo, carraspeó y comenzó a leer:

—Elisa Belotodo, la mejor alumna del instituto, ha faltado a clase durante una semana por una gastroenteritis que padeció, casualmente, después de comer una tostada untada con aguacates de TU huerto —dijo—. A Domingo Minola, hijo de los dueños del quiosco de chucherías de la esquina, han tenido que ponerle cuatro empastes en una sola muela tras comer mermelada hecha con papayas de TU huerto. César Pullido ha tenido que acudir a urgencias por una reacción alérgica después de haberse comido un sándwich de crema hecha con cacahuets de TU...

—En el huerto del instituto no cultivamos ni aguacates, ni papayas, ni cacahuets, Rufián —le in-

terrumpí—. Todo eso son cultivos tropicales, y aquí cultivamos solo plantas autóctonas.

Héctor Rufián Jr. me miró con los ojillos entrece-  
rrados, buscó un bolígrafo en el forro de la chaqueta y tachó con violencia medio pergamino.

—Bueno, eso no es lo importante —se quejó con la boquita pequeña—. El asunto es que los productos de TU huerto hacen enfermar a los alumnos del instituto. Y eso, además de intolerable, es ilegal —puntualizó con voz triunfal. Pausa dramática y siguió—: Según el apartado 327b de la Ley Agrícola Betuliana de 1848, «cualquier cultivo contaminado que ponga en riesgo la salud de la población deberá enterrarse bajo cien kilos de estiércol animal para que el suelo vuelva a ser fértil y el alimento que produzca, sano».

Se hizo un silencio incómodo. Todos los alumnos, convertidos en reporteros improvisados gracias a sus móviles, esperaban nerviosos mi reacción.

—¡Vaya! Pues si el huerto es ilegal, habrá que enterrarlo en caca, qué le vamos a hacer —repliqué, encogiéndome de hombros. Pero justo cuando Rufián Jr. levantaba el brazo para retomar el bombardeo, añadí—: No me gustaría incumplir ninguna otra ley, teniendo en cuenta de quién soy hija. Espera un momento, voy a hacer una llamada.

Rufián Jr. se quedó congelado en el sitio, con el brazo en alto y pálido como un fantasma, mientras

yo marcaba un número en el móvil y me lo llevaba a la oreja.

—Buenos días, ¿Ambrosia? Al habla la señorita hija de la señora presidenta. Vaya, ¿mi madre está ocupada revisando la condena de Héctor Rufián padre por intentar hundir (literalmente) el país? —Rufián Jr. tragó saliva—. No, no la molestes. Pásame con Delfina Lapastora, ministra de Agricultura y Pesca, por favor. —Tensión ambiental—. ¡Buenos días, señora ministra! Yo bien, ¿qué tal sus juanetes? Quería preguntarle por el apartado 327b de la Ley Agrícola Betuliana de 1848. ¡Ah! ¿Que esa ley ya no existe? ¿Que se la inventó Héctor Rufián tatarabuelo para apropiarse del huerto de Marta Chacras tatarabuela? ¡No me diga que Héctor Rufián tatarabuelo provocó una epidemia nacional de diarrea por vender productos en mal estado a sus vecinos! ¿Cómo? ¿Y luego intentó echarle la culpa a Marta Chacras tatarabuela diciendo que los productos venían de su huerto? ¿Qué clase de idiota haría eso? —Rufián Jr. se puso pálido—. No, nada más, señora ministra. Muchas gracias por su ayuda.

Colgué y miré a Rufián Jr., que durante la conversación había aprovechado para abrocharse el chubasquero anticaca y retroceder hasta sus mercenarios.

—¿Qué pasa, Rufián? ¿Ya no te gusta la ley? —dije, dando un paso al frente—. Pues menos te gustará cuando le diga al señor Batuta que esos productos los compraste tú en uno de los supermercados de tu padre, los dejaste al sol detrás del gimnasio durante una semana y se los vendiste a Elisa Belotodo, Domingo Minola y César Pullido como si fueran ecológicos.

Levanté las dos manos: en la derecha sostenía el tique del supermercado y en la izquierda un móvil en el que se proyectaba un vídeo donde se le veía preparando la trampa en el patio del instituto. Un coro de «ooohs» y «aaahs» se extendió entre los alumnos. Rufián Jr. se echó a temblar como un flan.

—No..., yo...

—Ahora, vais a poner los guantes, recogeréis una a una todas vuestras caquitas y vais a dar de comer a las lombrices, o si no...

—¿A... las lombrices? —preguntó Rufián Jr., abriendo mucho los ojos.

—Ah, ¿es que pensabas que abonábamos el huerto con Vacaca? —dije con una sonrisilla maléfica—. ¡Qué va! La Vacaca alimenta a las lombrices del *lombricario*, y a cambio ellas producen un abono muchísimo mejor. Hay que desmigajar las boñigas una a una y dárselas de comer a los gusanos con una cucharita de helado mientras les acaricias suavemente la cabecita, y luego...



Rufián Jr. no se quedó a escuchar en qué consistía el proceso. Gritó «¡retirada!» y dio media vuelta para escapar. Lástima que no viera que el saco de Vacaca estaba en medio y... se cayera de cara encima del producto. Y así, marrón de la cabeza a los pies, echó a correr con sus mercenarios como si, además de una peste que espantaba hasta a las moscas, también los persiguiera el diablo.

A mi alrededor los alumnos del instituto rompieron a aplaudir y los móviles empezaron a vibrar. El vídeo con mi discurso se contagiaba de teléfono a teléfono como una plaga de piojos.

—Aprendiste un montón cuando fuiste presidenta, ¿eh, generala Chacras? —Ágata me puso el casco de lentejuelas en la cabeza y me dio un capón cariñoso.

—Aunque esa llamadita a la ministra podría considerarse tráfico de influencias... —opinó Javi, con la boca llena de una manzana del huerto a la que previamente había susurrado palabras de amor.

—Bueno, aunque todo lo que he dicho es cierto, en realidad no he llamado a nadie —dije, enseñándoles el móvil—. No me gusta abusar de la posición de mi madre. Pero ese tramposo merecía que alguien le pusiera en su sitio.

Resoplé y me dejé caer en el suelo, agotada.

—¿Estás bien? —preguntó Javi, alarmado.

—No, estoy harta —dije, con un suspiro—. De mandar y de organizar cosas. Primero como presidenta de Betulia y, ahora, como delegada de clase y de curso. Además, ser hija de la presidenta es un rollo, ¡hay mogollón de protocolos para todo! Y, para colmo, no he terminado el itinerario de la excursión a Alcornocia...

—Toma, para que te animes —dijo Javi, y me pasó de extranjis una trufa de cacao y dátiles de la bolsa para antojos de emergencia que llevaba siempre en la mochila.

—Sí, solo una semana más —sonrió Ágata—, y lo único en lo que tendrás que pensar será en cómo vaguear de la forma más vaga posible.

Qué fácil resultaba decirlo cuando de ellos no dependían mil cosas. Pero mis amigos llevaban razón: solo quedaba una semana para el viaje. Una semana, y podría olvidarme durante unos días de todas mis obligaciones. Una semana, y sería libre.

¡Ay, la semana se me iba a hacer eterna!